

UNA AUTÉNTICA educación de los niños debería enseñarles el arte de ver las cosas de su mundo, a inquietarse por las señales naturales, plantas y animales que hacen presencia en el ecotopo en el que crecen. Esta habilidad para ver las cosas es tan importante como la habilidad para leer y escribir. Para introducir esta inquietud entre los padres y los maestros, se ofrece en esta entrega de la *Revista de Santander*, para propósitos académicos, un breve texto del más reconocido escritor naturalista (1837-1921) de los Estados Unidos. Después de abandonar su carrera de burócrata en Washington, se instaló en una cabaña de los montes Castkill, donde por más de medio siglo escribió sobre la vida en los bosques. Se ha escogido la traducción castellana que hizo Ana González Hortelano para la editorial española Errata Naturae (2018).

M

i intención no es tratar de decirle al lector cómo ver las cosas, sino simplemente hablar del arte de verlas, como se puede hablar

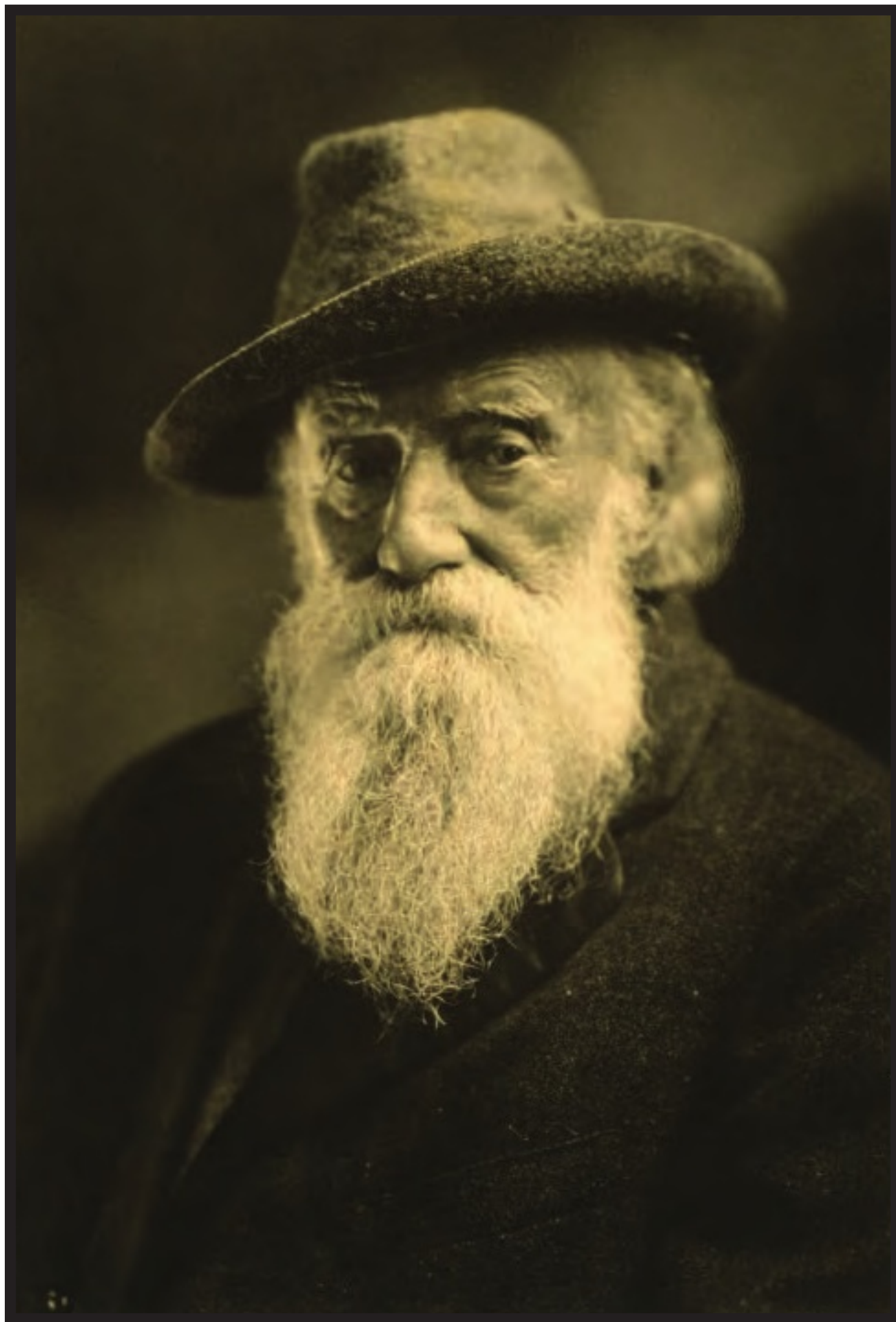
de cualquier otro arte. Uno puede disertar sobre el arte de la poesía, de la pintura o de la oratoria sin esperanza alguna de hacer de los lectores u oyentes poetas, pintores u oradores.

La ciencia de una disciplina se puede enseñar o adquirir mediante el estudio; el arte relacionado con ésta llega con la práctica o la inspiración. El arte de ver las cosas no es algo que se pueda transmitir mediante normas y preceptos, es un componente esencial en el ojo y el oído, es decir, en la mente y en el alma, de los que éstos son sus órganos. Albergó la misma poca esperanza de poder decirle al lector cómo ver las cosas que la que albergaría de intentar decirle cómo enamorarse o cómo disfrutar de su cena. O lo hace o no lo hace, no hay mucho más que hablar. Parece que algunas personas nacen con ojos en la cara y otras, con botones o canicas pintadas, y no hay ciencia que valga que pueda equiparar a uno y otro en el arte

de ver las cosas. El vasto conglomerado de la humanidad, en este aspecto, es como la tropa de un ejército: dispara sin precisión en la dirección del enemigo y, si le da, es más una cuestión de suerte que de buena puntería.

Pero siempre hay algún observador perspicaz, un tirador de precisión, cuyo ojo selecciona y discrimina, apunta y da en el blanco.

Incluso el pescador avezado parece que nace, no se hace; da la impresión de que conoce de manera instintiva las costumbres de la trucha. El secreto, sin duda, es el amor por esa práctica. El amor agudiza la vista, el oído y el tacto, acelera el paso, estabiliza el pulso, te pertrecha contra la humedad y el frío. Lo que amamos hacer, lo hacemos bien. Saber no lo es todo, es solo la mitad. Amar es la otra mitad. Wordsworth se conformaba con disfrutar de aquello que otros entendían. Éste suele ser el talante de la juventud y de la naturaleza poética. El hombre de ciencia, por otra parte, se conforma con entender aquello de lo que otros disfrutaban: ése es su deleite. Contemplación y asimilación para uno, investigación y clasificación para otro. Puede que todos tengamos acceso, en diferente medida, a una u otra de estas formas de disfru-



Si tuviera que señalar los tres recursos más preciados de la vida, diría que son los libros, los amigos y la naturaleza; y el más magnífico de todos ellos, al menos el más constante y el que siempre está a mano, es la naturaleza. La naturaleza la tenemos siempre con nosotros, es una mina inagotable de aquello que conmueve al corazón, atrae a la mente y dispara la imaginación.

tar de la naturaleza: bien el placer receptivo y emocional que tiene el temperamento joven, artístico y poético, bien el placer a través de las facultades cognitivas que brindan las ciencias naturales; o quizá, las dos en combinación, como lo estaban a buen seguro en un hombre como Tyndall.

Sin embargo, nada puede reemplazar al amor. El amor es la medida de la vida: solo vivimos realmente en la medida en la que amamos. La variedad de nuestros intereses, la magnitud de nuestra empatía, la vulnerabilidad de nuestros corazones... si no es esto lo que mide nuestras vidas, ¿qué es? Con el paso de los años, todos nosotros nos vemos expuestos en mayor o menor medida a dos peligros: el peligro de la petrificación y el peligro de la putrefacción. O nos endurecemos y encallecemos, formándonos una costra de costumbres y convencionalismos que no deja que el más mínimo rayo de luz o de alegría nos alcance, o nos volvemos laxos y desorganizados, perdiendo el dominio de las verdaderas fuentes esenciales de la felicidad y el conocimiento. Ahora bien, no hay conservante ni antiséptico, nada que mantenga el corazón joven, como el amor, como la empatía, como entregarse con entusiasmo a una causa digna.

Si tuviera que señalar los tres recursos más preciados de la vida, diría que



Cabaña en la que habitó John Burroughs en los montes Castkill.

son los libros, los amigos y la naturaleza; y el más magnífico de todos ellos, al menos el más constante y el que siempre está a mano, es la naturaleza. La naturaleza la tenemos siempre con nosotros, es una mina inagotable de aquello que conmueve al corazón, atrae a la mente y dispara la imaginación —salud para el cuerpo, estímulo para el intelecto y alegría para el alma—. Para el científico, la naturaleza es una mina de hechos, leyes y procesos; para el artista, es una mina de imágenes; para el poeta, es una mina de ideas y fantasías, una fuente de inspiración; para el moralista, es una mina de preceptos y parábolas; para todos, puede ser una fuente de conocimiento y de dicha.

En nada difieren más las personas que en su capacidad de observación. Algunos son conscientes solo a medias de lo que ocurre a su alrededor. Otros, en cambio, son vivamente conscientes: su inteligencia y su capacidad de comprensión están siempre a pleno rendimiento en ojos y oídos. Lo ven y lo oyen todo, les concierna directamente o no. Nunca les pasa desapercibida una cara conocida por la calle, nunca son ajenos a ninguna peculiaridad, sonido u objeto interesante por el suelo o el espacio a su alrededor. Su capacidad de atención está siempre alerta, no mediante un esfuerzo consciente, sino por costumbre y disposición naturales. Parece

que sus facultades perceptivas siempre están de servicio. Permean el mundo con una sensibilidad mucho mayor que otras personas. Todo lo que pasa ante ellos lo captan e individualizan al instante. Si viajan a un país por primera vez, ven los rasgos característicos de las personas y del paisaje de inmediato. Sus impresiones nunca les resultan turbias o confusas. Su capacidad de observación recuerda a la vista y al olfato de los animales salvajes, sólo que si bien es el miedo lo que agudiza unos, es el amor y la curiosidad lo que aguza la otra. Una pava con polluelos ve a la rapaz cuando ésta no es más que un punto en el cielo; preocupada por sus crías, piensa en rapaces y está en guardia para protegerse de ellas. El miedo hace que su vista se afile. El cazador no ve la rapaz hasta que la pava no le llama la atención sobre ella porque sus intereses no están en juego, pero sí que repara en los animales salvajes de la llanura y la montaña —el wapití, el berrendo y el borrego cimarrón—, se dedica a acecharlos y su vista alcanza más lejos que la de ellos.

Podemos mirar de manera tosca y vaga, como la mayoría de las personas, percibir sólo masas y presencias extraordinarias, o podemos mirar de manera precisa y selectiva, captar lo diminuto y lo específico. En una colección de aves disecadas, el otro día observé que un zorzalito maculado estaba montado en posición de canto, con el pico abierto apuntando totalmente hacia arriba. El taxidermista no había mirado bien. El zorzalito canta con el pico elevado sólo un poco. ¿Quién no ha visto una ardilla roja o una ardilla gris corriendo por un árbol tronco arriba, tronco abajo? Sin embargo, muy pocos se habrán dado cuenta de que la posición de las patas traseras es la contraria en un caso y otro. Al descender, las tiene extendidas hacia atrás, con las uñas enganchadas a la corteza, para controlar y dominar la caída. En la mayoría de los dibujos, las patas se muestran dirigidas hacia adelante, debajo del cuerpo, en ambos casos.

Las personas a las que les gusta peyorar de manera categórica sobre aves, flores y naturaleza en general no siempre son buenos observadores. En sus paseos, ¿ven algo que no hayan salido a mirar? ¿Se da algún avistamiento espontáneo o impremeditado? ¿Hacen descubrimientos? A toda ave o bestia se le puede dar caza, todo nido se puede hallar, si se rastrea; pero encontrar lo que no estás buscando, captar los tímidos guiños y ademanes allá donde mires, ver toda la acción secundaria que ocurre a tu alrededor sin perderte ningún movimiento ni detalle importante, atravesar todas las barreras con la mirada ... eso es ser observador, eso es tener “un ojo experto como el tacto de un hombre ciego” —un tacto capaz de distinguir un caballo blanco de uno negro—, un ojo de detective capaz de leer las señales más débiles. Cuando Thoreau estuvo en Cape Cod, se dio cuenta de que allí los caballos tenían un músculo en la cadera excesivamente desarrollado a causa del continuo desequilibrio que ofrecía la arena al ceder



bajo sus patas. La vista de Thoreau se ceñía al detalle. En el trascurso de una gran fiesta en París, a la que acudieron tanto la emperatriz Eugenia de Montijo como la reina Victoria, un periodista hizo una observación: cuando los personajes reales iban a sentarse, Eugenia se giraba antes de hacerlo, para cerciorarse de que la silla estaba de veras allí, mas la reina Victoria se sentaba sin darse la vuelta, segura de que habría un asiento preparado para ella, siempre lo había habido y siempre lo iba a haber. El corresponsal infirió que el incidente mostraba la diferencia entre nacer miembro de la realeza y convertirse apresuradamente después. Me pregunto cuántas personas en aquella concurrida reunión hicieron esta observación; seguramente muy pocas. Denotaba un don para ver las cosas.

Si nuestra capacidad de observación fuese lo suficientemente rápida y certera, sin duda adivinaríamos la mayoría de trucos del prestidigitador. Nos engaña porque su

mano es más hábil que nuestro ojo. Capta nuestra atención y luego nos hace ver solo lo que él quiere que veamos.

En el campo de la historia natural, se nos escapan las cosas porque los actores son pequeños y el escenario es muy grande y está en cierta medida encubierto y obstruido. El movimiento es rápido frente a un fondo que tiende a ocultarlo más que a exponerlo. En una página impresa, el blanco del papel juega una parte casi tan importante como la tipografía o la tinta, pero el libro de la naturaleza está en un plano diferente: la página rara vez presenta un contraste entre blanco y negro, ni siquiera entre marrón y negro, sino solo entre tonos similares, gris sobre gris, verde sobre verde o pardo sobre pardo.

Cuando hablo del observador minucioso no me refiero a un especialista metódico y de sangre fría, sino al poeta William Wordsworth (1798):



un esclavo de la clasificación,
uno capaz de asomarse a herborizar la tumba de
la mujer que lo crio.

Es un hombre que mira con detenimiento y constancia la naturaleza y que percibe los rasgos individuales del árbol y la piedra y el campo, y que no permite que ningún matiz sutil del día o de la noche, del lugar o de la estación, se le escape. Sus sentidos son tan finos que en sus paseos vespertinos siente tanto las rachas cálidas como las frescas en el aire, su nariz detecta los aromas más fugaces, sus oídos, los sonidos más furtivos. Mientras reflexiona inmóvil en el crepúsculo de abril, oye el delicado revuelo, el susurro esquivo que hacen las lombrices al salir de sus agujeros en busca de hojas y hierbas; oye el silbido de las alas de la agachadiza cuando pasa rauda junto a él al anochecer; oye la llamada del chorlito colirrojo ondulando por el cielo de marzo; oye muy por encima de él, cuando rompe la mañana, el gorjeo chirriante de los zanates canadienses que llegan en su viaje hacia el norte; oye la llamada suave, prolongada, arrulladora del mochuelo cabezón sobre los enebros en el crepúsculo de principios de primavera; oye por la noche el rugido de la alejada catarata y el ruido sordo del tren a muchos kilómetros campo a través cuando el aire está “hueco”; antes de la tormenta percibe cómo lo que está distante se destaca y se acerca en esos días radiantes que auguran una tempestad. Cuando el mercurio marca cero o por debajo, percibe que los trenes que pasan silban y bullen como si los raíles o las ruedas estuviesen al rojo vivo. Lee las señales sutiles del clima. Las estrellas por la noche le pronostican el tiempo del día siguiente, las nubes de la tarde y de la mañana son también una señal. Sabe reconocer la diátesis de clima húmedo y la diátesis de clima seco o, como dijo Goethe, la afirmación y la negación del agua, e interpreta los síntomas en consecuencia. Es vivamente consciente de todas las impresiones exteriores. Cuando desciende de una colina en el crepúsculo de otoño, percibe

el aire más frío del valle como un lago que lo envuelve; advierte cómo, en otras estaciones, el aire más frío a veces se asienta entre las montañas como una gran masa de agua, delatada por la marca del nivel de la niebla o de la escarcha sobre los árboles.

El hombre actual mira la naturaleza con empatía y amor allá donde antes la miraba con temor y superstición. De ahí que vea con más detalle y fidelidad; la ciencia ha hecho que su mirada sea limpia y serena. Al viajero precipitado que cruza una tierra, las granjas y las casas de campo le parecen todas iguales, pero para las personas que han nacido y se han criado allí, ¡menuda diferencia! Ellas leen la delicada huella que escapa al ojo apresurado y que está tan llena de significado. Cada línea en el horizonte, cada curva de la colina o del valle, cada árbol y piedra y manantial, cada giro en el camino y cada panorámica en el paisaje tiene sus rasgos particulares y produce su propia impresión.

Walter Scott escribió en su diario: “Nada es más cansado que andar por un bello paisaje con un filósofo meticulado, un botánico o un coleccionista de piedrecitas que no para de subrayarte desde los grandes rasgos de la escena natural hasta las hierbas y los guijarros”. Sin ninguna duda, la forma de mirar las cosas de Walter Scott, extensa y generosa, aviva la imaginación y toca los sentimientos más que la forma meticulosa del especialista. La naturaleza que nos brinda Walter Scott es como el aire y el agua al alcance de todos, mientras que lo que nos ofrece el especialista es más como un elemento o sustancia particular que sólo unos pocos pueden apropiarse. Pero Walter Scott tenía sus especialidades, también, las especialidades del cazador: era el primero en ver los ojos de la liebre metida en su madriguera y conocía las costumbres de los lagópodos, faisanes y truchas. El observador ideal transforma el entusiasmo del cazador por los cauces de la historia natural y se lleva a casa un trofeo más admirable que el que una bala o perdigón haya hecho caer nunca. Él también

tiene ojo para el zorro y el conejo y los patos migradores, pero los ve con los ojos del amor, no con los de la muerte.

Si ver las cosas es un arte, se trata del arte de mantener los ojos y los oídos abiertos. El arte de la naturaleza está totalmente enfocado al ocultamiento. Los pájaros, los animales, las criaturas salvajes en su mayoría intentan eludir tu observación. El arte del ave es esconder su nido, el arte de la presa que acecha es hacerse invisible. La flor busca atraer a la abeja y a la polilla con su color y perfume porque le son de ayuda, pero supongo que se escondería de excursionistas y campistas si pudiera, pues la arrancan de raíz. Capacidad de atención y una mentalidad sensible a lo exterior, ahí está el secreto de ver las cosas. ¿Puedes traer al frente todas tus facultades, como si muchas caras se asomasen a las puertas y ventanas de una casa, o vives retirado contigo mismo, encerrado en tus propias meditaciones? El pensador pone todas las capacidades de su mente en la reflexión, el observador pone todas las capacidades de su mente en la percepción, cada una de sus facultades está abierta al exterior, la mente entera mira a través de los ojos y escucha a través de los oídos. Tiene una mentalidad objetiva, en contraposición a una subjetiva. Una persona con esta última mentalidad ve poco. Si estás ocupado con tus propios pensamientos, puedes cruzar un gabinete de curiosidades sin ver nada.

Por supuesto, la capacidad de observación debe cultivarse como cualquier otra. Los sentidos de la vista y el oído pueden hacerse más rápidos y entrenarse, como el sentido del tacto. Las personas ciegas llegan a desarrollar unas capacidades táctiles maravillosamente agudas. Sus pies encuentran el camino y lo siguen. Llegan a conocer la configuración del terreno a través de los sentidos y reconocen los caminos y los pavimentos que ya han pisado. Helen Keller lee lo que dices poniéndote la mano en los labios y se emociona con la música de un instrumento a través del mismo sentido del tacto. La per-

cepción de los escolares debería entrenarse tanto como sus capacidades de reflexión y memoria. Una profesora en Connecticut, la señorita Aiken —cuyo trabajo en el entrenamiento mental recomendando a todos los profesores—, ha dado con un método sencillo e ingenioso de hacer esto. Tiene una pizarra giratoria en la que escribe diversas cifras, números, palabras y frases que deja que la clase vea durante uno, dos o tres segundos, según el caso, y luego les pide que copien o repitan lo que había escrito. Con el tiempo se vuelven asombrosamente rápidos, en especial las niñas, y pueden asimilar multitud de datos de un solo vistazo. A los detectives, tengo entendido, los entrenan con un método parecido; los pasan rápido por delante de un escaparate, por ejemplo, y les piden que nombren y describan los objetos que han visto. La vida misma, por supuesto, es más o menos una escuela de este tipo, pero la capacidad de concentración de la atención en la mayoría de las personas necesita estímulo. Aquí es donde entran los beneficios de las escuelas de capacitación manual. Para *hacer* una cosa, para crear algo, las capacidades de la mente tienen que estar centradas. Un muchacho que construye un barco obtiene algo que ni todos los libros del mundo pueden darle. Lo concreto, lo evidente, la disciplina de lo verdadero, los valores pedagógicos que subyacen aquí no se aprecian lo suficiente.

El libro de la naturaleza es como una página sobrescrita o impresa con caracteres de distintos tamaños y en muchos idiomas diferentes, intercalados y cruzados, y con una gran variedad de notas al pie y referencias. Hay grabados toscos y grabados finos, hay símbolos crípticos y jeroglíficos. Todos leemos la letra grande con mayor o menor entendimiento, pero sólo los estudiosos y los amantes de la naturaleza leen la letra pequeña y las notas al pie. Es un libro que lee mejor el que va más despacio o incluso el que se eterniza por el camino. El que va corriendo quizá pueda llegar a leer algo... Podemos percibir los rasgos generales del cielo, la lla-

nura y el río desde el tren expreso, pero sólo el caminante, con ojos en la cara y amor en el corazón, pasa cada hoja y se detiene en cada línea. Algunos hombres solo ven los patos migrantes y las aves más grandes en el cielo, otros ven los veloces reyezuelos y las apresuradas reinitas también. Por mi parte, yo me deleito entreteniéndome largo y tendido en cada página de este maravilloso documento y deteniéndome con cariño en su texto más arcano.

Encuentro placer en observar las cosas más nimias a mi alrededor. Me interesan incluso las costumbres de las abejas silvestres y todos los pequeños melodramas y tragedias que ocurren en el campo y en el bosque. Un día de junio, mientras paseaba, al cruzar un campo bastante seco y elevado, me llamaron la atención unos pequeños montículos de tierra fresca diseminados por todo el terreno. Al mirarlos de cerca, vi que en medio de cada montículo había un agujero no más grande que la punta de un lápiz. Resulta que nunca había visto estos montículos antes y me despertaron la curiosidad. “Aquí tenemos una letra pequeña —me dije— que he pasado por alto”. Así que me puse a intentar leerla, esperé una señal de vida. Enseguida vi por allí unas abejas rondando los montículos. Parecían abejas melíferas, sólo que el color y el comportamiento eran menos acusados. Una de ellas se posó en uno de los montículos que tenía cerca y, cuando estaba a punto de desaparecer por el agujero del centro, la agarré con la mano. Aunque me picó, la retuve y la analicé, y en el proceso me picó otras cuantas veces, pero el dolor era leve.

Vi que era una de nuestras abejas silvestres nativas, prima de las cortadoras de hojas que construyen sus nidos debajo de las piedras y en los cercados de madera deteriorados. (En la obra de Packardla encontré descrita bajo el nombre de *Andrena*). Entonces, introduje un tallo de hierba en uno de los agujeros y, con una palita que llevaba, me dispuse a extraer el nido. El agujero tenía unos treinta centímetros de profundidad, al fondo encontré



una pequeña cámara o celda semitransparente y membranosa, un poco más grande que la de la abeja melífera, y en esta cámara había una bolita de polen amarillo: alimento para la pequeña larva cuando el huevo eclosionase. Exploré otros nidos y encontré que eran todos iguales. Este descubrimiento no supuso una gran aportación a la suma de mis conocimientos naturales, pero algo es algo. Ahora, cuando veo estas señales en el campo, sé lo

que significan: son el indicio de las pequeñas cunas de tierra de *Andrena*.

Cerca de allí, me topé por azar con un agujero más grande en el suelo, sin montículo de tierra alrededor. Podía introducir la punta del meñique en él. Me agaché para escudriñarlo y vi el brillo de unos ojos pequeños y redondos. Supe que se trataba de la guarida de la araña lobo. ¿Acaso estaba ella esperando a que algún insecto despistado cayera dentro? Digo ella porque el verdadero ogro entre las arañas es la hembra. El macho es pequeño e insignificante. Unos días después me paré frente a esta guarida de nuevo y vi los miembros de la ogresa desperdigados por su propia entrada. ¿Había pasado por allí algún insecto a lo sastrecillo valiente? ¿O una ogresa aún más temible, la avispa cazatarántulas, la había arrastrado fuera y se había llevado su cuerpo desmembrado a su guarida en el terraplén?

Lo que hace la araña lobo con la tierra que excava para construir su guarida es un misterio. No hay señales de ella por ningún sitio. ¿Entra a la fuerza empujando la tierra a los lados y compactándola bien? La boca del agujero suele tener un pequeño reborde o aro para evitar que los lados se derrumben.

Da la casualidad de que me topé con otra interesante nota al pie aquel mismo día. Iba de camino a un pantano cenagoso en el bosque para ver si la gran zapatilla de dama había florecido. Justo en el margen del pantano, en la densa sombra de una tsuga, mi ojo captó una criatura pequeña e indefinida que se arrastraba a toda prisa por el suelo. Me agaché y vi que era una especie grande de polilla que acababa de salir de la pupa y que tenía mucha prisa en encontrar un lugar adecuado del que colgarse, con el fin de darle a sus alas la oportunidad de desplegarse antes de que el aire las secase. Le cerré el paso con una ramita, a la que se agarró de inmediato. La levanté con cuidado, la llevé a un terreno más seco y sujeté el palo en la horqueta de un árbol, de modo que la polilla quedase sus-

pendida a unos centímetros del suelo. Tenía el cuerpo hinchado, casi del tamaño de mi dedo meñique, y cubierto por unas alas que estaban tan arrugadas y achaparradas que parecían bastante rudimentarias. Era evidente que el animal sabía lo que quería y sabía que era urgente. Al instante, esas alas rudas y rechonchas empezaron a crecer. Fue un proceso lento, pero uno podía ver el cambio minuto a minuto. En lo que las alas se extendían, el cuerpo se contraía. Mediante algún tipo de acuerdo de bombeo, el aire estaba siendo trasladado desde los depósitos de uno hasta los tubos de las otras. Las alas en realidad no estaban creciendo, como parecía al principio, sino que se estaban desplegando y extendiendo bajo aquella presión neumática del cuerpo. En una media hora el proceso había terminado y la alada criatura estaba allí colgada, con toda su belleza desarrollada y lista para volar. Tenía una coloración ajedrezada, en blanco y negro, como el dorso de un calimbo, pero desconozco su nombre. El interés principal que sentí por ella, aparte del interés que nos produce cualquier nueva forma de vida, me lo despertó la extrema ansiedad del animal por alcanzar una percha donde poder desplegar las alas. Un ligero retraso, sin duda, habría sido fatal. Me pregunto cuántos genios humanos eclosionan con las alas malogradas por algún accidente o circunstancia adversa. ¿O es que las alas de los genios siempre se despliegan, sin importar el medio en el que estén?

Uno rara vez se da un paseo sin tropezar con alguna línea de esta letra pequeña en la página de la naturaleza. Ya sea una diminuta polilla blanca amarillenta, extendida en la superficie de una hoja e imitando los excrementos de un ave, ya sean las jóvenes cigarras abriéndose paso para salir de la tierra, o bien en los lugares húmedos y frescos, construyendo pequeñas chimeneas o tubos sobre la superficie para obtener más calor y acelerar su desarrollo, ya sea un tritón en el bosque atiborrándose de grillos arborícolas o una culebrilla zampándose al tritón

o la melodía de un pájaro con alguna peculiaridad llamativa: un extraño defecto o una singular excelencia. Tal vez sea un alcaudón empalando a su víctima o unos arrendajos provocando e incordiando a una rapaz y escondiéndose raudos entre las ramas para esquivar sus agresivos ataques, o un zorzal robín expulsando a un cuclillo del árbol donde tiene su nido, o un vireo echando a un tordo o la perdiz envalentonándose entre tus pies hasta que sus polluelos terminan de esconderse. Una mañana de octubre estaba dando un paseo por el camino que bordea el bosque cuando me vi sorprendido por una discreta lluvia de nueces de nogal blanco, una de las cuales me golpeó en el ala del sombrero. Me paré y miré a mi alrededor; aquí caía una, allí otra, una tercera más allá. No soplabla el viento y me pregunté qué estaba desprendiendo las nueces. Al centrar la atención en la copa del árbol, enseguida vi la explicación: una ardilla roja estaba manos a la obra haciendo acopio de sus provisiones. Tomaba una nuez, le daba la vuelta, al suelo; entonces se abalanzaba sobre otra y otra más. Más adelante encontré el lugar donde había cubierto el suelo con erizos de castaño, pues parece que no podía esperarse a los vientos y las heladas, ¿sabía que los erizos se secarían y se abrirían en el suelo y que el recubrimiento amargo de las nueces desaparecería pronto?

Hay tres cosas que quizá ocurran cerca de mí cada temporada que todavía no he llegado a ver nunca: al sapo mudar de piel, a la serpiente tragarse sus crías y a las larvas de la polilla y de la mariposa confeccionar su manto. Es una cuestión discutible si las serpientes se tragan o no a sus crías, pero si no hay una razón mejor, ¿no es posible que se refugien en el estómago de su madre para alimentarse? ¿Cómo se nutren si no? Que la larva de la polilla pueda tejer su propio capullo y engancharlo a una ramita

parece aún más increíble. Ayer, mientras paseaba, encontré una sólida pupa gris plateada de unos cinco centímetros y con forma de momia egipcia (seguramente *Promethea*), suspendida de la rama de un arbusto por un hilo fuerte y fino del doble de su longitud. La sujeción estaba tejida alrededor del tallo, sobre el que se enroscaba como si creciera allí mismo. Hubiera dado cualquier cosa por ver al animal desempeñar esta proeza y luego arrojarse tan a gustito en su manto de seda al extremo de este amarre. Al estar colgando, su envoltura sólida y compacta no se veía amenazada por los pájaros carpinteros, como hubiera ocurrido de haber estado ubicada directamente sobre una rama o tronco. Cerca había otro capullo de otra especie (*Cecropia*) que estaba sujeto directamente al tallo, pero éste era flojo, holgado y mucho más enmarañado y con aspecto de telaraña. He visto al pico pubescente asaltar uno de estos capullos, pero su textura blanda y su interior entramado parecieron confundirlo y desconcertarlo.

Me interesa incluso la manera en la que cada planta trepadora o enredadera sube por el poste, si lo hace de derecha a izquierda o de izquierda a derecha —es decir, en el sentido de las agujas del reloj o en el sentido contrario—, si lo hace bajo las leyes de las grandes tormentas ciclónicas del



hemisferio norte, que se mueven todas en sentido contrario a las agujas del reloj, o en la dirección opuesta, como los ciclones en el hemisferio sur. Encuentro placer en observar el baile del pequeño remolino de aire de un día de verano, que atrapa el polvo y las hojas frente a mí, y del pequeño remolino de agua con forma de embudo en el arroyo crecido o en el río, ya giren de derecha a izquierda o al revés. Si estuviese en el hemisferio sur, estoy seguro de que advertiría si estos fenómenos se encontraban bajo las leyes de sus ciclones o bajo las leyes de los nuestros. Por lo general, nuestras enredaderas y remolinos copian a nuestras tormentas giratorias y van en sentido contrario a las agujas del reloj. Pero hay excepciones. Mientras que la judía, la falsa dulcamara, las glorias de la mañana y algunas otras ascienden de izquierda a derecha, el lúpulo o el polígono trepador suben de derecha a izquierda. La mayoría de nuestros árboles forestales muestra cierta tendencia a retorcerse a un lado o al otro, las maderas duras en una dirección y las tsugas, pinos, enebros, nogales blancos y castaños en la otra. En distintas localidades o en diferentes formaciones geológicas, encuentro estas direcciones invertidas. Me acuerdo del caso de una tsuga de unos quince centímetros de diámetro cuya tendencia a girar le venía de germinación, por así decirlo, y había determinado la forma exterior del árbol, haciéndole dar, en una ascensión de unos diez metros, una vuelta completa a un árbol más grande junto al que crecía. A menor escala, he observado el mismo fenómeno en un pino.

Las personas que se pierden en los bosques o llanuras o que viajan por la noche, según mi criterio y experiencia, tienden hacia la izquierda. Los movimientos de hombres y mujeres, se dice, difieren en este aspecto, un sexo gira a la derecha y el otro a la izquierda.

Llevaba más de cincuenta años en el mundo cuando me di cuenta de una peculiaridad de los rayos de luz que a menudo

se ven bifurcados a través de un claro, o de una serie de claros, en las nubes, es decir, que son como los radios de una rueda, cuyo centro parece que está justo ahí entre las masas vaporosas, en vez de estar, como en realidad es el caso, casi ciento cincuenta millones de kilómetros más allá. Los haces de luz que nos llegan por las rendijas o grietas de un muro no convergen de esta manera, sino que, para el ojo, van paralelos entre ellos. Existe otro hecho: esta disposición en forma de abanico de rayos convergentes siempre tiene lugar justo en frente del observador, es decir, exactamente entre él y el sol, por lo que el rayo o radio central siempre forma un plano perpendicular con respecto al observador. No puedes ver este abanico a la derecha o a la izquierda del sol, sólo entre tú y él. Por lo tanto, como en el caso del arcoíris, dos personas no ven exactamente los mismos rayos.

El ojo ve aquello para lo que cuenta con recursos para ver y estos recursos para ver son directamente proporcionales al amor y al deseo que haya detrás. Al ojo lo informa y lo agudiza el pensamiento. Mi hijo ve patos en el río allá donde yo no los veo porque en ciertas temporadas él piensa patos y sueña patos. Una vez mi vecino me preguntó si las abejas me habían dañado las uvas. Le dije:

—No, las abejas nunca me dañan las uvas.

—Pues a mí sí —me contestó—, les perforan la piel para sacarles el jugo y a veces los racimos están llenos de picotazos.

—No —puntalicé—, no son las abejas, sino los pájaros.

—¿Qué pájaros?

—Los turpiales.

—Pero si no he visto ningún turpial-replicó.

—Nosotros sí —insistí.

Y los vemos porque en esta época del año pensamos en los turpiales. Hemos aprendido por experiencia lo destructivos que son estos pájaros con las viñas y estamos con la vista puesta en ellos, tenemos los ojos y los oídos preparados para detectarlos.

Si pensamos en pájaros, veremos pájaros allá donde vayamos; si pensamos en puntas de flecha, como hacía Thoreau, recogeremos puntas de flecha en cualquier campo. Algunas personas tienen ojo para los tréboles de cuatro hojas, los ven de pasada entre las hierbas, pues ya los tienen en los ojos. Una vez me fui de paseo con el difunto profesor Eaton de Yale. Él estaba entonces especialmente interesado en los musgos y los encontraba de todos los tipos, por todos lados. Todavía puedo verlo, arrodillándose cada pocos minutos, ajustándose los anteojos frente a algún espécimen raro. La belleza que encontraba en ellos y que me señalaba hacía despertar mi entusiasmo también. Una vez pasé un día de verano en la casa de la montaña de una conocida literata y editora. Ella se lamentaba de la ausencia de aves alrededor de su casa. Yo le nombré al menos media docena que había oído o visto en sus árboles en la última hora: el azulillo índigo, el camachuelo purpúreo, la reinita de manglar, el zorzalito rojizo, el vireo ojirrojo y el chingolo cantor.

—¿Me estás diciendo que has visto u oído todos esos pájaros aquí sentado en mi porche? —inquirió.

—Efectivamente.

—Yo no los veo ni los oigo —contestó—, y de verdad que quiero, mucho.

—No —le dije—, sólo *quieres querer* verlos y oírlos.

Has de tener al pájaro en el corazón antes de poder encontrarlo en el monte.

Un día estaba sentado frente a una casa de labranza en compañía del mejor cazador local. En un arce que teníamos enfrente vi un copetón viajero. Llamé la atención del cazador sobre él y le pregunté si alguna vez antes había visto ese pájaro. No, no lo había visto, era la primera vez. Sin embargo, seguramente lo hubiese visto docenas de veces... pero sin prestarle atención.

No era el trofeo que perseguía y su ojo no lo tenía en cuenta.

Los sonidos y objetos humanos y artificiales se nos imponen, son parte de nuestro ámbito, por así decirlo; pero la vida de la naturaleza hemos de descubrirla por el camino, pues es tímida, retraída y se funde con un vasto fondo neutral. Debemos convertirnos en iniciados de una orden cuyos secretos se encuentran bien guardados. *

